

de imponerse y Wellington habló alto á Polignac, pero éste no se dejó intimidar, y Wellington calló. Esto hará más de una vez Inglaterra durante el siglo XIX. Libre el paso del Mediterráneo que Polignac desafió á Inglaterra que se lo cerrara á sus escuadras y nombrado jefe de la expedición el ministro de la Guerra, Bourmont, á quien en vano intentó disputar este honor el mariscal duque de Ragusa, Marmont; aquél y el Delfín salieron para Marsella para dirigir el embarque de las tropas, que tuvo lugar el día 11 de Mayo, regresando á París el Delfín tan pronto hubo presenciado el embarque de los primeros batallones.

Confundiendo el Delfín la significación de las manifestaciones de entusiasmo de las tropas, que no eran hechas á su persona, sino á la persona que simbolizaba la patria, por cuyos intereses iban á jugarse la vida, el Delfín salió de Marsella muy convencido de haber entusiasmado con su presencia á los soldados que marchaban á Africa, y que el ejército entero estaba al lado de la dinastía. Con esta convicción llegó á París, y como era sincera, muchos participaron de ella por el contagio que produce la convicción y el entusiasmo, y dicho se está que desde el momento que se creía poder contar con el ejército, todo se lo podía permitir el gobierno.

Tratóse, pues, de la disolución de la Cámara y de hacer nuevas elecciones, y aunque también el Delfín había tomado el pulso á los prefectos sobre estos puntos, y no ocultó que todos le habían dicho que ya se darían por contentos, caso de que se disolviera la Cámara, de poder enviar otra que se le pareciera, el proyecto de disolución de la Cámara continuó adelante á pesar de la oposición de algunos ministros que prefirieron retirarse antes que emprender el camino de aventuras que tal resolución implicaba. Chabrol y Courvoisier cedieron sus cartelas á Chautelanze y Capelle, creándose para éste un ministerio especial de Hacienda, entrando en Gobernación Peyronnet, cuya entrada había impuesto Chautelanze con gran entusiasmo del rey Carlos, que veía en él su hombre, «el hombre que daría latigazo á la opinión pública.» Guernon-Ranville que no comprendía como no se le destituía, pues una y otra vez declaraba que no estaba conforme con la política que había resuelto seguir el gobierno, continuó en su puesto á causa de habérselo pedido Carlos X como un favor personal, que es lo que decidió igualmente á continuar á Montbel, á quien Villele, su grande amigo, le había convencido de que se salvara á tiempo del naufragio que amenazaba á

la monarquía borbónica. Reconstituido el gobierno y disuelta la Cámara desde el día 16 de Mayo, anunciadas las elecciones para últimos de Julio y para el 3 de Agosto la reunión de la nueva Cámara, la agitación del país fué súbitamente tan grande que Carlos X acabó por alarmarse, pidiendo explicaciones á Polignac, quien le aseguró que todo aquello no era más que efecto de una minoría turbulenta y revolucionaria.

El plan de la oposición fué simple, y no hay duda que su simplicidad preparó su triunfo; la reelección pura y simple de los doscientos veintiuno. En ocasiones no menos críticas, veremos cómo se obtuvieron análogos resultados con esta táctica. Contra un ejército tan bien disciplinado y tan compacto, el gobierno cometió la insigne torpeza de comprometer personalmente al rey, de quien se arrancó una circular que terminaba con estas palabras dirigidas á los prefectos. «Decid á los electores que yo no cederé.» Era, pues, necesario que cediera el pueblo. La lucha, por consiguiente, era personal, y ya se sabía lo que estaba en juego, la corona de Carlos X, que tan neciamente había aportado.

Para calentar el país y organizar las huestes, celebrábanse en todos los pueblos de Francia grandes banquetes, resonando entonces la elocuente voz de Odilón Barrot llamando al pueblo á las urnas contra los que amenazaban suprimirle sus libertades. Peyronnet, por su parte, alentaba las suyas escribiendo frases como estas: «que los golpes de Estado son legítimos cuando se trata de salvar la Constitución.» Por su parte los pares liberales se reunieron en casa del duque de Borghi y estudiaron la cuestión de si la Cámara de los pares podría votar los impuestos caso de que el gobierno saliera de la legalidad.

En medio de estos preparativos, los reyes de Nápoles que regresaban de España, á donde habían ido á llevar al canalla de Fernando VII su hija Cristina, viéronse obsequiados por su pariente, el duque de Orleans, con un gran baile en el Palais Royal, al cual acudieron el rey y la Delfina; el primero, á regañadientes, la segunda, diciendo que iba sólo por tratarse de sus parientes, los reyes de Nápoles.

Fué la fiesta espléndida y el pueblo quiso asociarse á ella promoviendo un tumulto en los jardines, en donde se rompieron las verjas, se apagaron los faroles y se puso fuego á las sillas. Salvandy, admirado de lo que pasaba, le dijo al duque de Orleans: «que aquella fiesta era realmente napolitana, pues se bailaba sobre un volcán,» á lo que contestó, Luís Felipe, diciendo que no era suya la culpa; que él había hecho sus advertencias; que no podía calcular á don-

de irían á parar antes de seis meses los que en aquel momento estaban en su casa, pero que de él sí podía decir en donde estaría, que él estaría con el país.» Estas palabras llenaron á poco de ser conocidas todos los salones del Palais-Royal, y aquella misma noche las conoció todo el país, y á pocos días Francia entera.

A medida que las elecciones se iban acercando el gobierno perdía la confianza en la victoria, y en su consecuencia quería ver de obtenerla por sorpresa. Chautelanze propuso el 29 de Junio que, haciendo uso de las facultades que entendía que el artículo catorce de la Carta daban al rey, se modificaran las leyes vigentes sobre la prensa y sobre las elecciones. Ya no Montbel y Guernon-Ranville, el mismo Peyronnet dudó que esto pudiera hacerse con arreglo á la Constitución y con utilidad.

Polignac, rendido ya antes de librarse la batalla, ofreció al rey su dimisión, —4 de Julio,—pero Carlos X le ordenó que se quedara en su puesto y que le dijera el gobierno si en virtud del artículo catorce de la Carta, podía sí ó no hacer lo que había propuesto Chautelanze. La cuestión se trató de nuevo el día 6 de Julio, por haber reproducido este ministro su proposición. Guernon-Ranville, propuso que se aguardase á ver cómo la nueva Cámara trataría al gobierno. Discutióse largamente esta opinión, volviéndose sobre ella el día siguiente, el Delfín se inclinaba en favor de Guernon, pero tuvo que ceder á lo que quería la mayoría formada por la acción personal del rey, que aseguraba á los ministros que él no los abandonaría, porque prefería subir á caballo á subir á la carreta como su desgraciado hermano. En esto se estaba cuando el gobierno recibe el día 9 de Julio de 1830, la noticia de haberse tomado á Argel. Desde este momento, descontando el efecto que en su opinión había de causar la victoria, se decidió el gobierno á dar el golpe de Estado, en el cual en aquellos mismos días no se cansaban de repetir que no creían lo mismo Lafayette que Montlosier que declaraba que en todo caso estaba seguro de que el pueblo cumpliría su deber, que Lamennais que estimaba que todo lo que pudiera ocurrir no sería más que la obra de la casualidad.

Hé aquí lo que había pasado en Argel:

Los franceses desembarcaron el día 13 de Junio en la península de Sidi-Fawuch á cinco leguas al Oeste de Argel, en el sitio denominado Torre Chica, por haber allí una de este nombre por nosotros construída en tiempos pasados.

Parapetados detrás de cuatro baterías, situadas á la entrada de la península, había doce ó quince mil

hombres que quisieron molestar el desembarco de los franceses, pero envueltas sus posiciones por una brigada de la división Berthezene, los argelinos huyeron abandonando sus posiciones, pudiendo desde aquel momento realizar el tan temido y discutido desembarco de todas las tropas, de la artillería y de los cuatro mil caballos de la caballería, víveres y municiones sin ningún tropiezo.

Tres días se pasaron en esto, y durante estos tres días el fuego en las guerrillas de vanguardia no cesó, pero el día 18 amenazaba la cosa formalizarse; así Bourmont no queriendo aceptar la batalla en terreno tan limitado, se tiró adelante con dos divisiones, dejando una detrás para defender la dicha península, caso que se viera obligado á retirarse.

Cuarenta ó cincuenta mil hombres mandados por el agá de los genizaros, Ibrahim, yerno del dey, eran los que esperaban á los franceses, y como los franceses, no tenían montada su caballería, Ibrahim creía poder aplastar con la suya la infantería francesa; así, al amanecer del 19 de Junio, formó su gente en dos columnas y las llevó contra el ejército francés.

El choque fué terrible y no hubo medio de contener el avance de los argelinos que rompieron todas las líneas llegando en su avance hasta la retaguardia de los franceses, en donde los contuvo Bourmont mismo que había ido á buscar tres batallones de refuerzo en la península. Pero si las líneas habían sido forzadas, los franceses no se habían movido de sus puestos, y desde ellos combatiendo ora cuerpo á cuerpo, ora moviéndose con habilidad, no sólo rehicieron sus líneas, sino que ahuyentaron de ellas al enemigo, protegiendo admirablemente la operación la artillería. Al iniciar el ataque por su parte los franceses, los argelinos se dispersaron, abandonando su campo, tiendas, municiones, armas, etc.

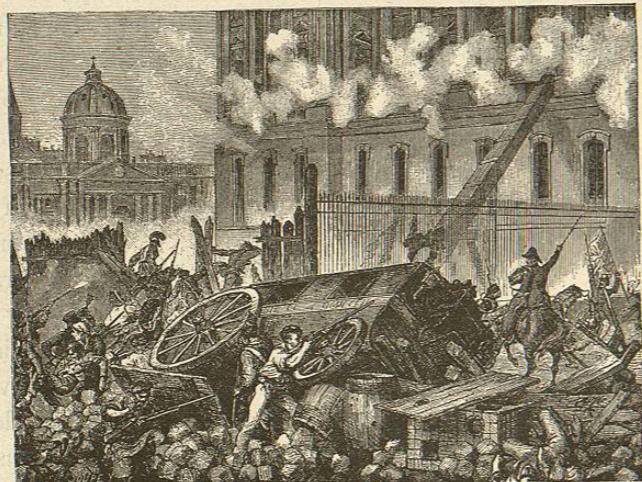
Del 19 al 24 los franceses tuvieron que sufrir reñidísimos combates, en uno de los cuales perdió la vida uno de los hijos de Bourmont que servía en el ejército expedicionario. Las pérdidas eran por una y otra parte sensibles, pero Bourmont no podía abandonar su puesto, porque los buques que llevaban el tren de sitio habían retardado. Una vez hubieron llegado y desembarcado, el ejército en masa avanzó sobre Argel, poniéndose el 24 de Junio, después de un semi-encuentro, en las alturas que dominan el castillo del Emperador y la Ciudadela ó Kasbah de Argel.

Puestas en batería las veintiseis piezas de grande calibre de que se componía el tren de sitio de Bourmont, abrieron el fuego contra los fuertes antes dichos, mientras el almirante Duperré bombardea las

baterías del puerto, para distraer la atención del enemigo. Cuando Ibrahim vió abiertas las brechas, y la indisciplina entre los suyos, creyó perdida la partida y propuso á los franceses la capitulación, que estos aceptaron, asegurando al dey su libertad y su fortuna particular, á los soldados turcos,—los genízaros,—se les aseguró igualmente, y á todos ellos aseguró el respeto de sus bienes, religión, costumbres y fortuna. Mediante estos pactos, los franceses entraron en Argel el día 5 de Julio. El dey se embarcó para Nápoles con ocho ó nueve millones de su fortuna particular. Los franceses encontraron en la Kasbah cuarenta y ocho millones en especies,

que cubrían por sí solas los gastos de la expedición; todo lo demás que se había ganado era beneficioso.

Tan hermosa y fácil empresa, podía esperarse que llenara de regocijo á Francia é hiciera olvidar las luchas políticas, pero el entusiasmo de la victoria solo la sintieron los ministros, el rey y sus amigos: los parisienses, en la misma facilidad y fortuna de la expedición, encontraron motivo para burlarse de ella, pues desde el primer día la habían perseguido con sus sarcasmos, bien convencidos de que no se trataba sino de distraerlos. Así, pues, fueron inútiles todos los esfuerzos para calentar el país, y en vano el cañón de los inválidos, que había anun-



Ataque del Louvre

ciado Austerlitz y Wagram, anunciaba ahora la victoria de Argel, ni uno solo de los electores se dejó arrastrar por la sorpresa de la victoria, ellos tenían también que ganar la batalla, y la ganaron y no menos decisiva. Del 12 al 19 de Julio duró la batalla electoral que terminó con el triunfo de doscientos setenta y dos liberales; de estos, doscientos dos, de los doscientos veintiuno, no sacando el gobierno por su parte, más que ciento cuarenta y cinco diputados suyos. Hasta el inofensivo ministro de Marina, Haussey, fué derrotado en los cinco colegios en que se presentó.

Y sin embargo, no hay para qué negar que Francia había llevado una empresa tan gloriosa para su bandera como para la humanidad, pues la conquista de Argel, si de un lado ofreció á Francia una hermosa indemnización por la pérdida de Santo Domingo, y le entregaba una grande colonia á las puertas mismas de su casa, de otro lado libraba á la humanidad de la barbarie de los argelinos, purgaba el Mediterráneo de piratas y acababa con la esclavi-

tud en aquella tierra, en donde tantos y tantos habían sufrido el más duro cautiverio por espacio de tres siglos.

Digamos, empero, que si Francia por de pronto no hizo justicia á sus soldados, no tardó en hacerse la; se la hizo tan pronto hubo liquidado su cuenta con Carlos X, y, cómo había de ser de otra manera, si Francia veía que la victoria iba á traer sobre ella las ordenanzas de Julio!

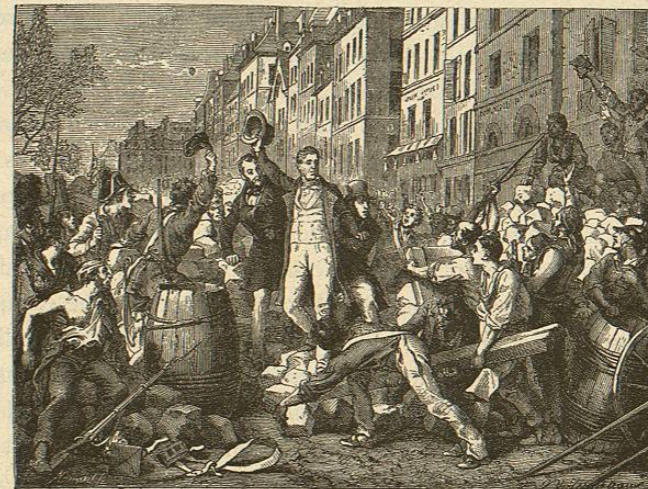
Hasta dónde llegaron las ilusiones y las imprudencias del gobierno y sus amigos á causa de la entrada de los franceses en Argel, nada lo dice tan claro como la pastoral que con este motivo dió el arzobispo de París, que terminaba diciendo: «Que así sean tratados en todas partes los enemigos de nuestro señor y rey; que así sean confundidos todos aquellos que osan levantarse contra él.» Ya al otro día, al cantarse el *Te Deum* en la Catedral, para celebrar la victoria, el mismo arzobispo de París, al recibir á Carlos X, le dijo: «Ojalá pueda venir V. M. muy pronto á dar gracias al Señor por otras

maravillas no menos dulces, pero no menos esplendorosas.» Provocaciones que acabaron por aterrar al mismo Carlos X, que dijo: «que esto era hacer fuego antes de oír la voz de mando.» No debíamos, pues, extrañar, que dentro de pocos días el pueblo parisién tratase á su arzobispo como él pedía á señor y rey que los tratase.

Una vez hubo conocido el gobierno el resultado definitivo de las elecciones, se reunió,—24 de Julio,—para adoptar el texto definitivo de las ordenanzas.

Cinco fueron las ordenanzas que acordaron publicarse. La primera era relativa á la libertad de im-

prenta que se confiscaba en absoluto, pues á más de necesitarse para los escritos diarios y para los libros menores de veinte pliegos de impresión la autorización previa, ésta, una vez concedida, podía retirarse lo mismo al autor, que al editor, que al impresor. La segunda disolvía la Cámara antes de reunirse. La tercera convocaba los colegios electorales para los días 6 y 13 de Setiembre, y la Cámara para el 28 del mismo mes. La cuarta contenía la reforma de la ley electoral que reducía el número de diputados de cuatrocientos treinta y dos á ciento sesenta y dos, establecía la renovación anual por quintas partes, y abrogaba el derecho de los dipu-



Lafayette en las barricadas

tados de proponer enmiendas á las leyes presentadas por el gobierno, único que podía proponerlas; el número de electores quedaba reducido al de los primeros contribuyentes del país. La quinta reforzaba el Consejo de Estado con algunos realistas de los más fervientes.

Estas ordenanzas que iban á volar el trono de los borbones franceses para siempre, estas ordenanzas, en los primeros momentos, nadie las criticó en el bando realista, luego que se vieron los efectos quisieron por unos incriminarse, por otros disculparse. Nosotros no tenemos por qué ocuparnos de esta discusión retrospectiva, pero sí decir, para hacer constar su ilegalidad, que al apoyarse dichas ordenanzas en el artículo catorce de la Carta que autorizaba al rey «á publicar las disposiciones y ordenanzas necesarias para la ejecución de las leyes y seguridad del Estado, era dar á este artículo una extensión arbitraria, porque ahora no se trataba con las ordenanzas de Julio de «asegurar las leyes» sino de suprimirlas.

De haberse escuchado por el rey los consejos de la prudencia que de todas partes recibía, se hubiera detenido á tiempo, en el borde del precipicio. En efecto, el mismo Luís Felipe le rogó que no se violentase el artículo catorce de la Carta y Carlos X le mandó á paseo diciéndole que ya sabía él lo que había de hacer. Los embajadores de Austria y de Rusia previnieron á sus gobiernos sobre el peligro que amenazaba, y el mismo Metternich instó para que no se diera golpe de Estado alguno si no era de acuerdo con las cámaras. La condesa de Nesselrode se sirvió de Mortemart para encargar la prudencia, y Carlos contestó, diciéndole: «asegurad al emperador (de Rusia), que no me saldré de la Carta.»

Los familiares rusos no sabían nada, otros no creían nada de lo que se decía por insensato; de este número era el gran refrendario Semonville. Vitrolles no pudo obtener de Carlos que le dijera de lo que se trataba, á pesar de manifestarle los más graves temores por el éxito. El hermano de Polig-